

EL EVANGELIO EN SOLENTINAME

PEDRO TRIGO

UNA FIGURA DEL EVANGELIO

En el gran lago de Managua hay un archipiélago remoto. Allí viven pescadores y campesinos. Y entre ellos, Ernesto Cardenal con su monasterio silvestre y su verbo revolucionario. Constituyen una comunidad cristiana y cada domingo se reúnen en la hermosura para tener una comida de hermanos, leen el evangelio y celebran la eucaristía. Este libro recoge los comentarios de cada uno a la palabra. Se lee un versículo y van opinando. El oficio de Cardenal ha sido resumir las intervenciones y acotar a veces. Siempre muy brevemente -una línea o dos- dando el contexto vital a la frase. Y tal vez sea el libro más personal de Cardenal, su más alta poesía. Aquí su palabra alcanza su máxima apertura: cede la palabra, se pierde, pero para encontrarse. También alcanza su máxima concentración: comunica la densidad de una vida en común tan libre que adensa cada voz particular.

Es un libro de poesía porque compone una figura, es un cuerpo de escritura. No son, como podría aparecer a primera vista, conceptos deshilvanados, diálogos intercambiables. Es al contrario una obra singular: la plasmación, a base de palabras comunes, de un acontecimiento único, concretísimo. Es cierto que la apertura formal se confunde de pronto con la desarticulación, pero a medida que uno se adentra en la lectura, uno va descubriendo el peso de realidad de cada palabra, y de este modo "El evangelio en Solentiname", como toda gran obra literaria, lava las palabras, las redescubre, las relanza como nuevas al mundo a significar, a llamar a los hombres. Es, también en este sentido, buena nueva.



Y como cristiana, la novedad tiene que ver con el despojo: la palabra desnuda, expuesta a la intemperie, puesta a valer lo que es y lo que pesa. Poesía pura en un sentido mucho más hondo que el que soñó Juan Ramón, cercano a la prosa absolutamente cercenada de San Juan de la Cruz, aunque no tanto: hay aspectos en que la comunidad no se ha negado a sí misma, son literalmente los lugares comunes, excrecencias ideológicas, mercancías recibidas sumisamente, faltas de libertad.

Esta desnudez es immediatez. En este libro percibimos la lectura real de un grupo de cristianos. No sólo lo que se les ocurre un momento o lo que saben o lo que uno sintió una vez. Sino la lectura que sus vidas hacen del evangelio. Progresivamente los hombres van dejando de ser personajes, máscaras que emiten voces y aparecen personas concretas.

Es, pues, un libro de exégesis bíblica. No tanto por los elementos de crítica textual que Cardenal va esparciendo aquí y allá para abrir la letra a la vida sino porque al ser una lectura real es una interpretación real. Es la semilla del evangelio que cae en tierra de Solentiname y germina. Y el fruto no sólo tiene de la semilla sino de la savia de la tierra y del temperamento del tiempo de la germinación. Naturalmente que la interpretación es siempre una reducción y es siempre secundaria respecto al texto, pero también es verdad que el texto sólo vive en estas lecturas aunque imperfectas. Mucho es que algo de la semilla habite entre nosotros y que la reducción no sea una traición.

Claro está que entre una totalidad poseída como conocimiento abstracto, como ortodoxia, y una lectura real, es decir la teoría de la vida concreta de una comunidad hay

un abismo. Uno desde fuera puede decir todo lo que falta o lo que vive deformado. Pero el que está adentro ve cómo lo poco que tiene lo posee realmente y le alimenta, le da vida, y ve también cómo en ese particular reluce la totalidad. Una totalidad concreta. Es una figura que, como todo lo que tiene cuerpo, es objetable. Pero el Espíritu de Cristo sólo habita en la carne no en abstracciones inobjetables y vacuas.

EL EVANGELIO EN SOLENTINAME

¿Y cuál sería el núcleo de esta lectura? La comunidad ha recibido la buena noticia de que el Dios de la Biblia es la fuerza que actúa en los movimientos de liberación. Con estas categorías se interpreta el acontecimiento de Jesús. Y este descubrimiento lleva a un cambio de actitud. El resultado de esta conversión es una segregación: no son de este mundo, es decir son vigilados y perseguidos por el sistema opresor en el que viven. Hay también una ruptura con la institución eclesialística en cuanto que sus relaciones con el Estado se mantienen en un clima de mutuo respeto y colaboración. La palabra mayor en este evangelio es el amor y su más alto grado de concreción: el amor político, de ahí la opción central por el socialismo no como tesis metafísica sino como la traducción hoy y aquí del camino cristiano al reino de la libertad. Correspondientemente para estos cristianos el pecado es el egoísmo y su concreción más sistemática: el poseer riquezas, la propiedad privada cuya dinámica lleva a segregarse de los hermanos y a oprimirlos.

Dentro de este esquema fundamental hay que destacar la variedad de tonos personales desde el joven ideologizado que nada se pregunta y

que para todo mienta la revolución hasta la mujer que habla finamente del amor o el viejo campesino que siempre se relativiza y que habla ma-zando o el joven converso que se duele de su vida pasada y habla ardorosamente de lo que ha descubierto aunque se sienta frágil o la mujer fuerte del evangelio y profunda o el líder que propone horizontes reales, dificultades, deficiencias y tareas. Quisiera mencionar por sus nombres a Marcelo un campesino con singular penetración del misterio cristiano y Olivia, un denso repertorio de teología de la liberación. Curiosamente el aporte de Cardenal, imprescindible en cuanto que resume resultados teológicos, me parece sin embargo más bien estereotipado en cuanto hace reflexiones. Paradójicamente, creo que es un valor del libro ya que revela su objetividad: no es el evangelio según Cardenal sino según Solentiname, una pequeña Iglesia

LAS LIMITACIONES Y SU SENTIDO

Como limitaciones, sobre todo si el libro se cristaliza, si dejara de ser un paso para convertirse en tratado, en dogma, señalaría éstas.

La mayor ausencia sería la invocación. Dios sería ante todo -lo que es correcto- el amor con que amamos cuando amamos de verdad, pero ocupa poco espacio como persona a la que se ama. Correspondientemente Jesús sería ante todo aquél a quien servimos cuando lo hacemos a los hermanos más oprimidos, sería también Maestro, Ejemplo de vida ya que por nosotros dio la vida. Pero Jesús ocupa poco espacio como Jesús de Nazaret, un tú único e insustituible, el Primogénito de los hermanos, a quien me dirijo. Es verdad que Jesús es ante todo para nosotros Espíritu, pero nunca deja de serlo en la carne, no sólo en toda carne sino en la que se formó en María. Sirva entre muchos un ejemplo. Leen la frase "Cualquier planta que mi Padre celestial

no ha plantado, será arrancada de raíz". Y comentan: "Yo creo que las plantas que su Padre no ha plantado son todas las religiones, que son inventos de los humanos y que van a ser arrancadas de raíz por la revolución. La única religión que Dios nos ha dado es amor al prójimo" (239) O este otro comentario. "Todavía hay mucha gente que cree que la Biblia de lo que trata es de las relaciones del hombre con Dios, y según Jesús no trata de eso. Le quita la religión a la Biblia, y la reduce nada más a las relaciones del hombre con el hombre" (125) Está bien lo que se afirma contra la pretensión de cualquier religión, incluso la cristiana, de absolutizarse. Pero no tiene sentido ese afán de dicotomías. Leyendo el evangelio ¿cómo puede caer uno en el dilema o Dios o el hombre? Claro está que frecuentemente la Iglesia ha caído y ha negado al hombre. Pero parece ser que el camino no sería acentuar el otro polo sino ver la relación intrínseca de ambos que constituye el núcleo del evangelio.

Otra limitación sería que esta comunidad cristiana no encuentre otro punto de referencia que Fidel, el Che y la revolución cubana como si no existiera otra realización en la historia de la Iglesia y de la humanidad y en el momento actual. Es por lo menos un empobrecimiento y lleva el peligro de una unidimensionalización, incluso de la mitización de la revolución cubana, casi su escatologización. Hago esta crítica sin embargo partiendo del valor que encierra esta lectura teológica de la revolución cubana que no debe escandalizarnos cuando en la Biblia se le llama Mesías a Ciro el persa y cuando Jesús insiste tantas veces en que vendrán de oriente y occidente a sentarse a la mesa del Reino y los hijos del reino serán echados fuera. En este contexto pondría como ejemplo esta frase cuya eclesiología comparto pero no así su exactitud histórica: "Antes los obispos y los sacerdotes no

estaban de parte del pueblo. Desde hace tal vez cinco años para acá, o diez (no sé si será mucho), hablan a favor del pueblo. Y si estaban con la opresión no estaban con la comunidad de Cristo, su Iglesia. Pero todo líder del cambio social, de la venida del reino de Dios, es también un representante de la comunidad de Cristo" (251)

La discriminación social de que son objeto por su opción cristiana revolucionaria hace nacer otro peligro que no siempre se sortea el del fariseísmo. Ellos, los pobres, los perseguidos serían los elegidos, los otros, los ricos, los opresores "no tienen ningún fruto bueno" (203) De ahí cierta tendencia a interpretar el evangelio como una requisitoria de ellos los pobres a los ricos, de ellos los justos a los pecadores. Naturalmente que la mayoría de las veces se matiza. Pero es un peligro real de esta comunidad. Habría que recalcar cómo es un peligro necesario su conversión significa una ruptura social muy costosa y un arduo trabajo siempre amenazado por edificar una sociedad alternativa. En esta situación apurada nació por ejemplo el Apocalipsis y las cartas de San Juan en las que se da de un modo mucho más marcado esta dicotomía. Y son libros de la Biblia. No es, pues, cosa de escandalizarse desde fuera ni de ir a ningún imposible término medio sino de vencer dentro la tentación de deshistorizar la situación, se la ve tan poderosa que uno tiende a dotarla de una esencia metafísica: el Mal.

Para acabar señalaría como un gran valor la capacidad para captar concretamente y hermosamente mucho de la inagotable riqueza de los símbolos evangélicos. Claro está que leer el evangelio entre campesinos y pescadores, jóvenes, viejos y amas de casa, toda gente del pueblo, en un lago hermoso, tras una comida de hermanos, tras una semana de labores y en un ambiente de dificultades por causa del evangelio es una situación privilegiada. ●

